

porales con los de la reforma, con este motivo perdió todo lo que podia acaso haber conseguido, si solo hubiera querido atender al bien de la Iglesia. El obispo de Pasau animado de mejor espíritu el dia de S. Estevan patron de su Iglesia publicó en el pulpito los decretos pontificios, y se espuso á perecer alli mismo por una turba de furiosos, que pretendian quitarle la vida.

Los obstáculos que se presentaban para realisar el proyecto del papa, parecian insuperables; pero no por eso desistió de su empresa; antes parecia que las dificultades le daban mas valor. Consecuente á sus principios tomados de una jurisprudencia absurda, pero tenidos en aquel siglo por verdaderos, escribia á los príncipes culpables con un tono bastante elevado, creyendo tener un poder temporal sobre ellos.

La célebre desavenencia entre Gregorio y Henrique IV. emperador de Alemania tubo por causa principal de derecho de las investiduras, esto es, el de poner á los prelados en la posesion de sus temporalidades, con una ceremonia indecorosa á la autoridad eclesiástica. El emperador daba la posesion á los abades, obispos y otros prelados dándoles el báculo pastoral y el anillo, y ellos hacian al emperador homenaje de las tierras afectas á su prelatura. El papa decia, que en esta ceremonia se arrogaba el emperador la potestad espiritual, y este contestaba, que solo concedia al prelado el dominio temporal de las posesiones. Sea lo que se quiera del espíritu del emperador en esta ceremonia; pero como el bá-

culo y anillo son signos de la potestad espiritual, parece que el papa tenia razon para pedir que lo que solo la Iglesia puede dar, no fuera alargado por otra potestad. Esta discordia fue causa de grandes males.

Guiberto arzobispo de Ravena aspiraba á la silla de S. Pedro, y aunque estaba ocupada por un pontífice legitimo no reprimia sus miras ambiciosas: para realisar su plan se reunió con Cencio prefecto de Roma, hombre astuto y malvado, abismado en el libertinage y acostumbrado á los asesinatos y perjurios. Cencio se reunió con los que estaban escomulgados por Gregorio, escribió á Enrique, y ya todo dispuesto trató de apoderarse de la persona del papa.

La noche de navidad, á pesar de una lluvia muy abundante, fué el pontífice á celebrar los divinos oficios á Santa Maria la Mayor, y como la noche estaba tan pesada pocos asistieron á la Iglesia. Cencio se aprovechó de la ocasion y quando concluia el pontífice la primera misa, entró una tropa de conjurados que con espada en mano recorrieron toda la Iglesia, se apoderaron del papa y uno que quiso cortarle la cabeza le hizo una herida de la cual salia mucha sangre. Le sacaron de la Iglesia tirándole de los cabellos, le quitaron el palio, la casulla, la túnica, y dalmática llevándosele á la torre de Cencio con alba y estola. Supo el pueblo romano este atentado, y marchó furioso á la casa de Cencio, este se encierra en la torre y el pueblo busca instrumentos para derribarla. Un hombre piadoso

y una señora estaban curando la herida del papa cuando llegó un criado á cortarle la cabeza, mas al punto que este desenvainaba la espada una flecha de las que disparaban fuera le pasó la garganta y quitó al punto la vida. Cencio no pudiendo resistir á la multitud se echó á los pies de Gregorio, este le perdonó, y salió de la torre, llevó consigo al pueblo á Santa Maria la Mayor y concluyó los divinos oficios. Cencio huyó de Roma é hizo fuera terribles estragos.

Guiberto se unió con Thedaldo de Milan, los obispos de Lombardia y el cardenal Hugo el blanco: estos escitaron á Roberto Guiscardo contra el papa y todos juntos animaron á Henrique para que persiguiera á Gregorio.

El papa descubrió las intenciones de Henrique y le escribió una fuerte carta en la que compara los testimonios de veneracion que le habia dado tantas veces Henrique, con sus procedimientos en que manifestaba el odio y desprecio de la silla apostólica; le reprendia porque estaba unido con los escomulgados, le mandaba separarse de ellos, que les obligara á hacer penitencia y que la hiciese él mismo y le negaba la bendicion pontificia hasta tener noticia positiva de su enmienda.

Henrique muy irritado con esta carta ya no reprimió su furor, y pasó á Wormes con un número considerable de obispos y abades el domingo de Septuagésima 23 de enero de 1076. El cardenal Hugo depuesto por fautor de simoniacos y reo de otras muchas prevaricacio-

nes concurrió á aquella junta llevando consigo unas memorias fabulosas de la vida de Gregorio (1) en que despues de hablar de toda la vida del pontífice desde su infancia, de acusarle de mago, de usurpador de la silla apostólica y de otros crímenes, presentó unas cartas supuestas de los cardenales, del senado y pueblo romano en que pedian al emperador su deposicion y eleccion de otro pontífice. Los prelados declararon á Gregorio indigno del pontificado y Henrique escribió por toda la Lombardia que se accediera á la condenacion del papa. Tambien escribió al clero y pueblo romano esponiéndoles los cargos hechos al papa y escitandoles á que se revelasen contra aquel que llamaba falso pastor.

El conciliabulo de Wormes unió sus cartas á las del príncipe, y en ellas intimaban al papa que cediese el pontificado y decian que desde aquel día todo lo que hiciese como cabeza de la Iglesia se tendria por nulo.

Rolando clérigo de la Iglesia de Parma llevó las cartas á Roma á donde llegó cuando iba á celebrarse el concilio anual la primera semana de cuaresma. Estando los padres reunidos entró Rolando á la asamblea presentó sus despachos al papa y le dijo con atrevimiento. »El rey mi amo y todos los obispos ultramontá-

(1) Estas memorias contienen las mismas calumnias que los escritos del cardenal Bennon partidario tambien del antipapa Guiberto.

nos y cismontános os mandan que dejeis inmediatamente la silla, que habeis usurpado" y convirtiéndose luego al clero romano añadió: "os advierto, hermanos míos, que para el día de Pentecostés habeis de presentaros al rey á fin de recibir otro papa de su mano, porque ese no es pastor, sino lobo rapaz.

Juan obispo de Porto oyendo las palabras atrevidas del Parmesano gritó que lo prendieran, el prefecto y milicia romana se arrojaron sobre él con espada en mano, pero el papa se metió por en medio y le libertó la vida. Pasado esto impuso silencio y exhortó á los circunstantes á la caridad, mansedumbre y prudencia, é igualmente les dijo que era preciso acabar con los rayos de la Iglesia al dragon que pretendia destruirla, y que esta Iglesia debia defenderla aunque fuera á costa de la vida.

El día siguiente se volvió á reunir el concilio, el papa mandó leer las cartas del rey, puso por testigos á la Madre de Dios y á los santos apóstoles de que habia subido contra su voluntad á la silla apostólica y luego pronunció la sentencia de excomunion contra Henrique y absolvió á sus súbditos del juramento de fidelidad. También excomulgó en éste concilio á los prelados cismáticos, y sin asustarse á la vista de los enemigos poderosos que tenía, siguió caminando por la senda que se habia trasado. El escribe á casi todos los monarcas, les anima á que copéren á la reforma del clero, les encarga, á los que distaban mucho de Roma que le envíen sujetos,

que le den cuenta del estado de la Iglesia, y fundado en su falso principio de la potestad temporal sobre los príncipes, reconviene á algunos agriamente por sus extravíos, amenaza, y hace pretensiones sobre los reinos.

De resultas de la absolución del juramento de fidelidad prestado á Henrique se siguieron varios disturbios en el imperio, pues los señores alemanes tomaron de aquí pretexto para darse un nuevo emperador. Pareció que las cosas mudarían de aspecto cuando se vieron Gregorio y Henrique en Canosa; pero no habiendo este último dado cumplimiento á ciertas promesas que hizo al papa, los señores alemanes se reunieron, y en la asamblea que formaron despues de haber hecho una larga enumeracion de los crímenes de Henrique eligieron en su lugar á Rodolfo duque de Suevia.

Los legados del papa que se hallaban en esta junta querian que no se procediera á la eleccion de nuevo rey hasta la llegada del papa, lo que no pudieron conseguir. El pontífice desaprobó la eleccion de Rodolfo, y dijo que si los arzobispos y obispos que consagraron á Rodolfo no daban una razon suficiente de su conducta serian depuestos de sus sillas y Rodolfo de su trono.

Los señores alemanes se quejaron al papa de la conducta que observaba respecto del nuevo rey; pero Gregorio previendo los males que se iban á seguir, no quiso por entonces variar en sus operaciones. La guerra se encendió, se dieron

tres sangrientas batallas, en la de Flandenheia ciudad de Saxonia fue enteramente derrotado Henrique, el vencedor dió cuenta á Roma y el pontífice pronunció la condenacion definitiva de Henrique IV. rey de Germania.

En esta famosa y desgraciada condenacion el pontífice dice que los señores ultramontanos informados de que Henrique no cumplia sus promesas y desesperados de su correccion habian elegido por su rey á Rodolfo duque de Suevia, que el no habia convenido en esto, que Enrique habia despreciado su mediacion y autoridad, y que supuesto que los santos apóstoles (á quienes dirige la palabra) deben juzgar de los ángeles, tambien pueden dar y quitar los imperios y todo género de bienes y dignidades del siglo, y que él con la autoridad de los mismos santos apóstoles despoja á Henrique del reyno y lo transfiere á Rodolfo. Dada esta sentencia concluye con algunas bendiciones á los alemanes é imprecaciones contra Henrique.

Sumamente irritado Henrique por este proceder de Gregorio reunió diez y nueve obispos en Maguncia el dia de Pentecostés, y en virtud de las cartas de estos acudieron precipitadamente á Brixen ciudad del Tirol treinta obispos y muchos señores italianos y alemanes, quienes depusieron del pontificado á Gregorio VII. y eligieron en su lugar á aquel ambicioso Guiberto de Ravena quien tomó el nombre de Clemente III. El decreto de eleccion de este dado en 25 de Junio está lleno de injurias contra Gre-

gorio. Hecha la eleccion, el rey se retiró de Saxonia y Guiberto á Italia revestido de las insignias pontificales.

Despues de estos dos ruidosos acontecimientos, siguieron los disturbios con fuerza: Henrique pasó á Roma, corrompió al pueblo con dádivas, este le abrió las puertas de la ciudad y el palacio de Letran, Henrique entró con su antipapa, hizo que le entronizaran y recibió de su mano la corona imperial. Despues pasó á sitiar al papa al castillo de Sant Angelo, y sabiendo Roberto Guiscardo el apuro de Gregorio pasó á defenderlo. Henrique se retiró á Lombardia, hizo muchos estragos en los estados de la condeza Matilde, y despues pasó á Alemania.

Como seguia la fermentacion en Roma, Gregorio se retiró á Monte Casino, despues pasó á Salerno en donde se hallaba la primavera del año de 1085 cuando le acometió una enfermedad mortal.

Algunos inquietos recordando las desavenencias del pontífice con Henrique temian del destino futuro de su alma: Gregorio advirtió el desasosiego y levantando los ojos al cielo dijo: "Subiré á él y no cesaré de encomendaros á Dios." Procuraron mantenerlo en esta confianza recordandole lo que habia padecido por la Iglesia y replicó: „Hermanos míos, de lo que menos hago caso es de mis trabajos, el único motivo de mi confianza consiste en que he amado la justicia y aborrecido la iniquidad." Despues absolvió

de las censuras á los que habia anatematizado, exceptuados Henrique y Guiberto, y entrando en una dulce agonía y repitiendo, „*he amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por esto muero desterrado*” espiró el 25 de mayo de 1085.

Fleuri despues de referir la vida de este pontífice añade, „Gregorio VII. habia ocupado casi doce años la santa silla. Muchos autores de su tiempo dicen que hizo un gran número de milagros en su sepulcro. Se refiere entre otros que Ubaldo obispo de Mantua hallandose afligido de una larga enfermedad, ulcerado todo el cuerpo especialmente las piernas, despues de gastos inútiles en medicos, habiendose aplicado la mitra de Gregorio en el lugar en donde sentia mas dolor, recobró una perfecta salud. Gregorio muriendo habia enviado esta mitra á San Anselmo de Luca su amigo y su imitador, quien hizo con ella otros milagros.... El papa Anastasio IV. le hizo pintar entre los santos en una Iglesia de Roma.... En 1577 Marco Antonio Colona arzobispo de Salerno encontró sus reliquias íntegras, con los ornamentos pontificales y le hizo un epitafio. En 1584 fué insertado su nombre en el martirologio romano corregido de orden de Gregorio XIII. En fin el papa Paulo V. por un breve del año de 1609. permitió al arzobispo y cabildo de Salerno, que le honraran como santo, por un oficio público.”

Hemos hecho esta relacion bastante estensa de las desavenencias de Gregorio con Henrique, y referido los hechos con imparcia-

lidad; no pretendemos justificar los procedimientos de Gregorio con Henrique, confesamos tambien que sus pretensiones respecto de los principios fueron muy avanzadas y nada conformes con los principios que en los siglos de ilustracion hemos conocido; pero despojandonos de todo espíritu de partido decimos que en aquellos siglos de ignorancia, no eran conocidos estos mismos principios. La jurisprudencia de entonces; aunque absurda en este punto; pero ella daba á Gregorio la autoridad para deponer á Henrique; la autoridad que creía tener le hizo obrar del modo referido; ella en la realidad era nula; pero esta nulidad no se sabia. ¿Y será justo elegir de Gregorio el conocimiento de lo que todos ignoraban? ¿Pretenderemos que él regulára sus operaciones por principios que no sabia? Los que juzguen sin pasion sabrán dar al siglo XI. lo que le conviene; y distinguirlo del XIX. Hecho esto podrán formar un juicio racional de Gregorio VII. Si la jurisprudencia del tiempo hizo obrar á Gregorio del modo referido, parecen por este aspecto inculpables sus operaciones; pero como se dice que un espíritu de ambicion fue el móvil de su proceder, y los enemigos de Gregorio dañ toda la justicia á Henrique, comparemos á ambos y de sus procedimientos podremos inferir quien de los dos tenia mejores intenciones, y quien obró mas mal en esta célebre disputa que causó tantos trastornos.

Henrique criado en el esplendor pasó sus primeros años sumergido en los placeres; Gregorio en la obscuridad de un claustro fue educado en la piedad: Henrique en su juventud se entrega á la voluptuosidad y á falsos y perversos consejeros; Gregorio en la misma juventud es un modelo de austeridad; tiene las costumbres mas puras y solo consulta á la regla de su instituto para bien obrar: Henrique sube gustoso al trono que le pertenece, á los 13 años de su edad; Gregorio en edad madura sube contra su voluntad á la silla de S. Pedro: Gregorio animado de un ardiente zelo por el honor de la casa de Dios quiere corregir los abusos, y persigue con fuerza á los eclesiásticos simoniacos y concubinarios; Henrique los protege con todo su poder por las ganancias que sacaba de los primeros (1); Henrique se une con los enemigos de Gregorio y tiene parte en los ultrages que se hicieron al pontifice la noche de navidad: y Gregorio por una carta le reprende y manda separar de los escomulgados. En el conciliabulo de Worms niega el emperador la obediencia al papa como cabeza de la iglesia y manda á un clérigo que le notifique lo dispuesto; y de resultas de esto el papa absuelve á los súbditos del em-

[1] „Los Emperadores, dice Voltaire, nombraban para los obispados y Henrique IV los vendia. Gregorio se opuso á este abuso.” (*Annales de l' Empire tom. 1. er annee de 1076.*) Diccionario historico.

perador del juramento de fidelidad: se desavienta este con sus súbditos, le persiguen, busca auxilio en el papa, este se lo promete con ciertas condiciones á las que falta.

Nombran los alemanes nuevo rey, Gregorio resiste á la eleccion, al fin cede y confirma el nombramiento; y Henrique nombra un antipapa y lo entroniza en Roma: Gregorio perseguido por Henrique muere en un destierro; Henrique perseguido, por Henrique V. muere en Lieja.

Muerto S. Gregorio VII. le sucedió Victor III. pero como despues de consagrado solo ocupó la santa silla cuatro meses, nada tenemos que decir de este pontifice. Su sucesor Urbano II. siguió los mismos pasos de S. Gregorio VII. y los demas pontifices hasta el fin del siglo XII. fueron en general, hombres instruidos y virtuosos; siguieron obrando conformes á la jurisprudencia del tiempo, y no les faltó que padecer, ya reprimiendo el error, ya corrigiendo la relajacion, defendiendo las donaciones que se habian hecho á la iglesia romana. Estos pontifices con prudencia y calma consiguieron realizar algunas de las pretensiones que tenian y consolidar su poder en Italia. Este poder se ha hecho tan necesario, que dice un autor, que si faltára se desordenaria todo el órden en la Europa, y haria una enorme falta en la balanza política. (1)

[1] *El probar esto no es de nuestra inspec-*

Hemos dicho lo bastante sobre las disputas entre el sacerdocio y el imperio, y los mismos hechos poniendo la verdad en su verdadero punto de vista, demuestran que hay muchas calumnias en lo que los enemigos del clero hablan de los papas de estos siglos.

En estos mismos siglos se vieron florecer muchos sacerdotes virtuosos, amantes de los pueblos, caritativos, celosos y que trabajaban con tesón, para desterrar la ignorancia, la corrupción y el error. Los santos Hugo obispo de Grenoble Fulberto de Chartres, Pedro Damiano de Hostia, el célebre beato Lanfranco de Cantorberi, S. Anselmo su sucesor, S. Leon IX, papa, S. Malaquias obispo, S. Lorenzo arzobispo de Dublin, el insigne martir santo Tomás obispo de Cantorberi, S. Pedro de Tarantesa: entre los monges, S. Romualdo, S. Juan Gualberto, S. Bruno fundador de la cartuja, el célebre S. Bernardo, y otros muchos eclesiásticos que anunciaban una época nueva en que serian reformadas las costumbres y desterrados los vicios à ignorancia de los siglos oscuros.

En el siglo XIII. se empezaron á tomar medios mas eficaces para la reforma de las costumbres y promover la ilustracion. Las disputas entre el sacerdocio y el imperio, que duraron casi todo este siglo, llamaron la aten-

---

*cion, y solo decimos lo que hemos leído dejando á los políticos, que opinen como les parezca.*

cion de los ingenios, y deseando saber los derechos de cada potestad, se dedicaron muchos eclesiásticos al estudio del derecho canónico para buscar principios ciertos que fijáran y arregláran las pretensiones de los pontífices y los monarcas; pero como faltaban fuentes claras de donde se pudieran tomar los conocimientos necesarios para terminar unas disputas tan delicadas, y las falsas decretales eran tenidas por auténticas, el estudio solo servia para fortificar la jurisprudencia del siglo.

Como la reforma de las costumbres no era obra de un momento; á pesar de la actividad de los pontífices, esfuerzos de muchos obispos y otros eclesiásticos virtuosos, no se podian arrancar los abusos que habian reinado tanto tiempo en el pueblo cristiano. Por otra parte, se habia estendido en la Europa un espíritu marcial, el que habia introducido unas extravagantes ideas de heroismo, y algunos eclesiásticos dominados de este espíritu faltaban por el al cumplimiento de sus deberes. La Iglesia daba leyes para cortar estos males, é imploraba el auxilio de los príncipes para conseguir sus deseos, y los papas, los concilios, ya generales, ya particulares, tomaban todas las medidas que estaban á sus alcances para cortar los males que veian con dolor. Los desvarios de algunos teólogos que se estraviaban de la verdadera creencia fueron reprimidos con vigor. El orden antiguo para las elecciones del papa y los obispos, que habia acarreado infinitos males

y hecho derramar muchas lágrimas á la Iglesia, se fue variando segun lo fueron permitiendo las circunstancias: los cardenales hacian la eleccion del pontifice por el derecho que les habia concedido en el siglo anterior Alejandro III; pero como las pretensiones de los cardenales solian algunas veces retardar las elecciones, Gregorio X para remediar este mal previno por una constitucion, que diez dias despues de la muerte del papa se reunieran los cardenales para nombrar sucesor, y que estuvieran encerrados en un mismo lugar hasta haber hecho la eleccion, la que si no se verificaba dentro de tres dias, no se diera á los cardenales en la comida mas de un solo plato por los cinco dias siguientes, y si concluido este termino aun no nombraban papa, no se les diera mas que pan y agua. En fin, no habia desórden al que no se le pretendiera aplicar el remedio. Para esto era necesario un trabajo asiduo, mas este no faltaba, pues los pontifices que en este siglo gobernaron la iglesia, siendo sugetos del mayor mérito, se desvelaban por el bien de la iglesia. Las virtudes brillaban en la silla de S. Pedro, y si la jurisprudencia del siglo no hubiera ensanchado tanto la autoridad pontificia, se hubiera visto renacer el espíritu de los Damasos, Leones y Gregorios.

La multitud de concilios que se celebraron en este siglo son una prueba del deseo que animaba al clero para la reforma. Los derechos aun no conocidos de las potestades eclesiástica

y civil, se pretendian fijar para que cada autoridad girara dentro de la órbita de sus atribuciones. Prueba inequivoca de esta verdad es el decreto del concilio IV. de Letran en que se prohíbe á los eclesiásticos estender su jurisdiccion con perjuicio de la autoridad secular, y al mismo tiempo se prohíbe á los príncipes hacer alguna constitucion que coarte los derechos espirituales de la Iglesia y turbe el ejercicio de su potestad. Disposicion util y saludable; pero que no podia surtir todo el efecto que deseaban el papa y los obispos por falta de luces para distinguir los derechos del sacerdocio y el imperio entre quienes no acabaron aun las desavenencias.

Las órdenes religiosas mendicantes que se fundaron en este siglo contribuyeron en parte á la reforma, y segun el testimonio de Moshein ganaron la confianza del pueblo con la pureza de sus costumbres. Los ejemplos extraordinarios de santidad que dieron Santo Domingo, S. Francisco, S. Pedro Nolasco, santo Tomás de Aquino, S. Buenaventura, S. Alberto Magno, S. Antonio de Padua y otros, hicieron vér que apesar de la corrupcion y preocupaciones del tiempo habia en el clero un fondo de piedad y religion que no habian podido estinguir la ignorancia y relajacion.

Las desavenencias entre Bonifacio VIII. y Felipe el hermoso, las de Juan XXII. y Luis de Baviera, la negra peste que asoló la Europa y el gran cisma de occidente fueron causas bastantes para hacer en el siglo XIV. casi imposi-



ble la reforma que se deseaba. En este siglo aparecieron algunas sectas de fanáticos, que declarando contra los abusos sembraron unas máximas perversas contra la legítima autoridad de la Iglesia, y bajo el especioso pretexto de reforma atacaron en muchos puntos los dogmas católicos. La Iglesia siempre vigilante para conservar el sagrado depósito de la fe condenó los errores que se habian suscitado contra la religion.

En este siglo encontramos otras brillantes pruebas de que el sacerdocio no ha sido el enemigo de los pueblos; sino que por el contrario, en las calamidades públicas ha tomado una parte muy activa en el socorro de los desgraciados. El año de 1348 hizo horribles estragos en Italia una peste cruel, la que de Italia pasó á Francia y España y en los dos años siguientes á Inglaterra, Alemania y las interiores regiones del Norte. La religion volò al socorro de la humanidad afligida: el sumo pontífice concedió indulgencias para los moribundos, para los sacerdotes que les asistian y los fieles que hacian algun beneficio en su enfermedad á los apestados, ó los enterraban despues de muertos. Estas gracias de la silla apostólica cesitaron maravillosamente á los enfermos á morir bien y á los ministros del santuario á servirlos con caridad y constancia: si algunos pastores cobardes abandonaban su rebaño, luego se presentaba un gran número de religiosos intrépidos, que llenaban aquel vacio, y aunque diariamente morian muchos sacerdotes en estas obras de caridad, el temor de la muer-

no amortiguaba el zelo de otros que al momento remplazaban la falta de los que morian. En Paris habia religiosas dedicadas al cuidado de los apestados á los que les proporcionaban una asistencia pronta y cuidadosa. Muchas morian; pero sobreponiendose estas heroínas á la debilidad de su sesco estimulaban con su constancia é intrepidez á otras que ocupaban el lugar de las muertas.

De rusultas de esta peste en distintas regiones de la Europa se estendió entre el pueblo la idea de que los judios habian sido los autores de la peste. Luego se suscitó una persecucion tumultuaria y sangrienta contra los infelices hijos de Israel y sin examinar los fundamentos de su opinion absurda empezaron los pueblos á degollar y quemar judios sin atender á la edad, sesco, ó condicion: atroces crueldades se veian por todas partes y la espada y el fuego se cebaban en la sangre de los miserables judios.

El papa luego trató de aplicar el remedio á este mal y publicó dos bulas en el espacio de tres meses. Por la primera prohibió á todos los fieles que hiciesen algun mal á los judios en sus personas, ó bienes ó que los precisaran á recibir el bautismo, y como esto no bastaba para reprimir el furor del pueblo previno á los ordinarios que publicasen en sus Iglesias prohibicion, pena de escomunion á los que maltrataran á los judios, ó que se separaran de los trámites legales los fieles que tubieran alguna desavenencia con ellos: y no solo contentandose con la prohibicion reuniendo la persuacion á la autoridad demostraba